

Braulio Arenas, Premio Nacional de Literatura

El máximo galardón con que Chile distingue a sus creadores literarios ha sido otorgado a Braulio Arenas. En su homenaje, *Atenea* publica en esta ocasión algunos textos inéditos de indudable valor.

Fueron escritos en diferentes épocas de su vida, lo cual les comunica una variedad temática y estilística que podría pasar por una de las mejores definiciones de la poesía de Braulio Arenas, quien nunca se ha encasillado en una determinada línea de creación lírica.

Atenea ha querido expresar de este modo sus felicitaciones al ilustre escritor tan justamente premiado.

Colaborador de las páginas de nuestra revista desde hace ya largo tiempo, Arenas ha mantenido también una estrecha relación con la Universidad de Concepción a través de su participación en numerosos encuentros de escritores, foros, mesas redondas, cursos y conferencias.

Consignamos aparte su intervención en los Talleres de Escritores de esta Casa de Estudios superiores —los primeros creados en el país— y en cuyo desarrollo nuestro poeta, como participante de la mesa directiva, tuvo una decisiva importancia.

Por más de cincuenta años, el escritor ha sido una figura indispensable en las letras nacionales, desde sus primeras experiencias surrealistas hasta las obras de madurez, de más sereno corte clásico.

Con una profunda preocupación por todas las manifestaciones literarias, su aporte va desde la poesía hasta la novela, desde el teatro hasta los relatos, sin olvidar sus ensayos y traducciones.

La merecida consagración nacional que ha obtenido presta relevante marco a su trayectoria intelectual siempre creadora.



El Ministro de Educación Pública, Horacio Aránguiz Donoso, entrega el Premio Nacional de Literatura a Braulio Arenas Carvajal, en ceremonia realizada en la Biblioteca Nacional, el 15 de noviembre de 1984.

La lista de sus obras es extensa y la damos completa para que se pueda apreciar la sorprendente versatilidad del poeta, novelista y ensayista.

- *Poesía*: “El mundo y su doble”, “La mujer nemotécnica”, “Luz adjunta”, “La simple vista”, “La gran vida”, “El pensamiento transmitido”, “Discurso del gran poder”, “Versión definitiva”, “Poemas 1934-1959”, “La casa fantasma”, “Ancud, Castro y Achao”, “Pequeña meditación al atardecer en un cementerio junto al mar”, “En el mejor de los mundos”, “Una mansión absolutamente espejo deambula insomne por una mansión absolutamente imagen”.
- *Relatos*: “En el océano de nadie”, “El Cerro Caracol”, “Los mozos de Monleón”, “Escritos mundanos”, “Los dioses del Olimpo”.
- *Teatro*: “Samuel”.
- *Novelas*: “Sólo un día del tiempo”, “El castillo de Perth”, “La endemoniada de Santiago”. “La promesa en blanco”, “El laberinto de Greta”, “Los esclavos de sus pasiones”, “Berenice: la idea fija”, “Los sucesos del Budi”.

Ensayos: "El creacionismo", "Actas surrealistas", "Visiones del país de las maravillas", "El pintor Morales Jordán", "La situación física del castillo kafkiano", "Escritos y escritores chilenos".

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO

La entrega de los Premios Nacionales de Literatura, Historia y Arte se efectuó en la Biblioteca Nacional el 15 de noviembre de 1984. Le correspondió a Braulio Arenas pronunciar el discurso de agradecimiento, cuyo texto fue conocido solamente por los asistentes a la ceremonia. Por su forma y su estructura conceptual merece una más amplia divulgación.

"Con gran emoción, me dirijo a ustedes para agradecer públicamente este inesperado galardón del Premio Nacional de Literatura, concedido a mi modesta obra creadora.

Del mismo modo, me apresuro a aceptar y a transmitir la grata sugerencia que me formularon mis distinguidos amigos, el R.P. Gabriel Guarda y Ernst Uthoff, en orden a que sea yo quien comunique sus agradecimientos por la recepción de la misma recompensa, en las menciones de historia y arte.

Esta pronta aceptación mía proviene del deseo de referirme, en esta ocasión, y desgraciadamente con el carácter volandero que el tiempo requiere, a estos dos participantes del Premio Nacional 1984.

Muchos recuerdos golpean la ventana cuando pienso en Ernst Uthoff, y casi veo físicamente descorrerse las cortinas del Teatro Municipal, para permitir que yo me precipite en el ámbito vertiginoso de la mesa verde.

Señalemos: todo allí era distinto, porque, por el tiempo de la juventud de este bailarín, coreógrafo y director, el ballet intentaba nuevas formas para expresarse.

Por siempre —digamos, desde la intervención de Noverre o de los Vestris—, la danza había permanecido indiferente al menor desplazamiento, viviendo en un dominio que le era propio, encerrada en su propia belleza, por decirlo así.

Pero, no todo era tan sencillo como se podía suponer, pues el mundo real no podía permitir, de ninguna manera, semejante escapatoria, semejante independencia de sus leyes, e introducía (señalando esto con palabras de Roger Caillois) en ese aislamiento de la belleza sus problemas.

Por aquellos días de 1940, era una modificación de arriba abajo la que

sacudía a la danza, presentada como espectáculo de ballet, y me complace que haya sido Ernst Uthoff quien participara, desde un escenario nuestro, en esta decisiva experiencia teatral.

Sin embargo, todo esto queda ya distante, no hay ganador ni perdedor en la vieja polémica del ballet clásico y del ballet moderno.

En la hora presente, y como si nada hubiera pasado, han vuelto a reaparecer los cisnes del lago, las sílfides del aire, las copelias del mago, los espectros de la rosa y los gallos de oro del amanecer, para convivir, en amistosa vecindad, con los béticos caballeros de la mesa verde y con los goliárdicos estudiantes de *Carmina Burana*.

Por lo demás, sea de antiguo rango o de moderna factura, el ballet mantiene la trágica definición de la brevedad de la belleza.

Es ahí, tal vez, en esa brevedad, donde se debe encontrar su sentido de eternidad.

Pues a la danza le basta un ademán, una fuga en la punta de los pies por el escenario, un impensado salto en el vacío, una imagen desprendida del espejo, un adiós y un retorno de la misma pareja, de la misma pareja tejiendo por siempre la conmovedora historia de amor, para constituir su eternidad.

A la danza le basta el fantasma de la ópera para que él ponga su calofrío de terror, le basta que el galán levante un dedo al cielo redondeando, lleno de gracia, la luna, le basta el pintor Degas para que se eternice la perenne bailarina.

Pero, como se sabe, esta eternidad de las candilejas tiene tan sólo la permanencia de un suspiro.

De este modo, nuevas generaciones tendrán que creerme bajo palabra cuando les asegure que Uthoff estuvo extraordinario en tal momento de la danza, cuando trataba de eternizar la brevedad de la belleza, y me tendrán que creer, también bajo palabra, cuando les asegure que igualmente Lola Botka estuvo extraordinaria, por supuesto.

Ahora bien, así como el ballet es el tiempo que se cristaliza en un segundo, la historia es el segundo que se cristaliza en el tiempo.

O, más bien, la historia es una suma de segundos cristalizados, y todos estos instantes, juntos, componen la tradición, el ayer, el siempre incitante pasado.

Nuestro país puede exhibir una rica línea histórica, desde los días de la Conquista hasta la más reciente fecha, línea que nos permite, en todo momento, presentar y mantener una estructura unitaria de valederos alcances, y cuya preservación constituye la base de nuestro haber y nuestro deber como chilenos.

Esta continuidad histórica queda registrada desde los informes de Pedro de Valdivia al emperador, desde los escritos de los primeros cronistas, desde las memorias de los viajeros que dejaron constancia de sus observaciones a lo largo del territorio, y desde ellos hasta los historiadores de la hora actual, pasando por aquellos investigadores de la pasada centuria.

Múltiples son los trabajos que debemos a la escrupulosa constancia del R.P. Guarda, uno de los más perseverantes estudiosos de nuestro pasado.

Su calidad de arquitecto le autoriza, además, para sumergirse en la visión de nuestras ciudades y transitar por ellas, por sus fundaciones y sus transformaciones, tal cual como si lo hiciera por el pavimento de las ciudades actualísimas.

Esto dicho pensando que si bien los documentos constituyen una fuente imprescindible para el conocimiento histórico, reconstituir el hábitat del hombre, para mostrarlo a nuevas generaciones, por cierto que es una función importante.

Digamos: se torna más clara nuestra concepción de la bélica confrontación de los araucanos y españoles, gracias a la reconstitución de ciudades, villorrios y fuertes emprendida por el R.P. Gabriel Guarda, una reconstitución verdaderamente asombrosa, como si él hubiera tenido ante sus ojos el modelo.

Pero no sólo en semejante reconstitución se expresa la obra de este paciente benedictino, sino que me parece oportuno señalar un texto suyo acerca de la actividad de los laicos en la cristianización americana, o este otro texto, el de una pormenorizada referencia a la sociedad chilena austral, examinada desde 1645 hasta 1845, así como también su magnífica semblanza del poeta colonial Pedro Usauro Martínez de Bernabé, un trajinante escritor que mucho tuvo que ver con el Real Situado y con una fracasada expedición en busca de la Ciudad de los Césares.

Agreguemos otro antecedente: el R.P. Gabriel Guarda mantiene una encendida fidelidad por Valdivia, la ciudad que le vio nacer, por la ciudad y por su río, y esta ciudad se le muestra siempre constante, mientras el río se la retrata en su pasado y en su hora reciente.

Esta fidelidad suya por la provincia me lleva a pensar en lo importante, en lo urgente más bien, que es para todos nosotros compartir, en plenitud, la vida del país, sin excepción, sintiéndonos responsables de todos los problemas y de toda la actividad del territorio.

Unicamente contando con la provincia toda, únicamente participando nosotros de todo esfuerzo nacional, de un extremo al otro del país, se podrá decir que hemos adquirido conciencia de nuestro destino como pueblo, es decir, que hemos adquirido conciencia histórica.

Estos son, recordados aquí en una brevíssima semblanza, mis dos inapreciables amigos, quienes han deseado agradecer, por mi intermedio, la honrosa distinción con la cual se nos ha querido distinguir.

Nosotros la aceptamos con un profundo reconocimiento y con una gran humildad, aceptando, al mismo tiempo, la enorme responsabilidad que tal distinción conlleva.

Ahora quisiera agregar, también en un rápido bosquejo, algunas observaciones acerca del desarrollo literario.

Por de pronto, es motivo de profundo regocijo la creación de bibliotecas, en un número considerable, acompañadas, entiendo, de una proporción equivalente de volúmenes.

Hay que anotar también la aparición de obras de nuestro pasado literario, las que me agradaría ver reeditadas con un traslado a la ortografía moderna, para que así puedan llegar a un extenso público, para el cual sería toda una sorpresa comprobar que la literatura chilena no nace recién ahora, sino que nos acompaña desde el albor del país.

Por estos días se está registrando un fenómeno editorial de insospechada resonancia: la publicación de obras literarias en grandes tirajes, lo que no deja de ser estimulante, en medio de lo que se ha llamado el apagón cultural.

Formulo votos por que tal iniciativa se mantenga, insistiendo, eso sí, en que tales obras deben presentarse completas, y no cercenadas, pues esto último significaría un procedimiento de mala fe, aunque tal observación me parece innecesaria, pues ningún editor echaría mano de un recurso tan menguado.

Asimismo, me agradaría que no sólo obras literarias se presentaran masivamente, sino que todo un caudal de obras científicas debería circular a la par.

Pero debo volver a lo mío, y agradecer una vez más y de todo corazón, junto al R.P. Gabriel Guarda y Ernst Uthoff, este generoso Premio Nacional que recibimos por una obra que nunca tuvo otra intención, otro interés y otro destino que estar siempre al servicio de nuestra Patria".